

EL DEFENSOR DEL OBRERO

LA MADRE

He aquí un rincón obscuro donde ha de haber escondido algo el corazón humano.

Acerquémonos un momento a este arcano, pero no debemos pasar del umbral de este misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: «Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias.» ¿Sabéis lo que quiere decir? Que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Veis dos niños jugar alegres a la puerta de una casa: los dos tropiezan a un mismo tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante al rededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que le besa sus mejillas.

Ese tiene madre.

El otro espera en vano; se levanta poco a poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestido, y va a confiar a la pared más cercana sus ahogados sollozos.

Ese no tiene madre.

El que no siente humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de que no tiene lágrimas.

Y no sé cómo las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir; y si se mueren, no sé cómo no se los llevan consigo.

¡Las madres! Pensadlo bien; ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer a los hombres que se han oriado sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la proporción que se va alejando de su madre.

No le pidáis a ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzmán el Bueno. Para ella no hay más patria que sus hijos.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso o al más atrevido, o al más robusto, o al más inteligente, o al más inquieto. La madre al más débil, al más defectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

Esa es la madre.

SILGAS.

El Pastor y su ovejuela

¿El aura oís murmurar
cual trova de enamorado?
Es la voz del dulce Amado,
que me llama sin cesar;

Y exhalando triste queja,
antes que llegue la noche
y cierre la flor su broche,
quiere bascar a su oveja.

y en el aprisco guardarla,
y ocultarla de la fiera
que la busca en la pradera...
para en ella devorarla...

¡Aquí estoy, dulce Zagall!
No te alejes un momento,
pues sabes que el lobo hambriento
me persigue por mi mal.

Escucha, mi tierno Amado:
voy a tu lado a pastar...
no quiero sola quedar;
ven, y siéntate a mi lado.

Que en plácido y breve sueño,
quiere el alma enamorada,
en tu seno recostada,
descansar, Divino Dueño.

Y al despertar tu ovejita,
con amor te seguirá
do la luz contigo va...
hacia tu mansión bendita.

Dulce Pastor de mi alma,
escucha el débil balido
que lanza el pecho oprimido
y da al corazón la calma.

Y como paciendo flores,
estaré siempre a tu lado,
mi Pastorcito adorado,
santo amor de mis amores.

J. GONZÁLEZ DE NORMAN.

Estudios Sociales

LOS IMPÍOS

Como a la mala hierba, los encontraréis en todas partes y entre todas las clases sociales; lo mismo entre las grandes masas populares; igual entre los más instruidos, que entre los más toscos e ignorantes. Donde se enseñorea el vicio, el error y las pasiones, y el demonio del pecado asienta y extiende sus aprisionantes tentáculos, allí fructifican y crecen.

Ellos son esos entes fomentadores de la corrupción, del vicio y del pecado; los que asestan sus tiros y disparan sus ponzoñosos dardos contra Nuestro Señor Jesucristo y su Santa Iglesia; los que niegan que ésta sea la verdadera representación de Dios en la tierra, la depositaria de sus doctrinas, el órgano de su Ley, la dispensadora de sus misterios, la personificación del bien y del mal; que por su mediación habla Dios al hombre, ejerciendo su acción por ella sobre las almas, o las arguye, reprende y amonesta, enseña y dirige, ayuda y alienta, medicina y cura, ata y desata, constituyéndolo de esclavo en ser soberanamente libre, en verdadero rey de sí mismo. Y es así que ella los aparta del camino de la perdición y de los brazos del diablo, y les muestra risueñas las sendas de la vida; los conduce y reconcilia con Dios y les abre las puertas del cielo; es, en fin, el guía de las almas, el baluarte que las defiende

de los tiros envenenados del error y de las seducciones del vicio; la regeneradora de la sociedad, el centinela de Dios, siempre en brecha para resistir y pelear contra el espíritu del mal.

Los viciosos, los amadores del pecado, los que quieren vivir en el crimen y revolcarse como puerco en el lodazal inmundo de las pasiones, los secuaces de Satanás, los hombres sin fe y sin conciencia, que ultrajan a Dios y desprecian su doctrina, para rendir culto al ídolo de su ciega pasión... los que quisieran que la eterna sanción fuera un mito, y por eso repiten sin cesar que eso de penas y castigos eternos es una invención de la Iglesia que trata de dominar los pueblos por la imposición y el terror; los que prescinden de Dios de buena gana para vivir a sus anchas, echados en alma y cuerpo en brazos del crimen, la aborrecen, le odian, la insultan y calumnian, maquinando al infenso para destruirla.

De aquí la guerra que le hacen en el libro, en el folleto, en el periódico, en el club, en la Cátedra, y en todas partes; porque las tinieblas han estado, están y estarán siempre reñidas con la luz, la virtud con el vicio, el bien con el mal, y ningún malvado podrá jamás querer y menos aplaudir a la que es constante censor de sus crímenes e impiedades.

E

Páginas Apologéticas

ERA LA VERDAD

—¿Creéis, señor, que podemos dejar ya ese asunto?

—¿Tan poco le interesa y usted lo ha iniciado?

La boca frívola divagó entonces:

—Perdón, señor, no es mi intención molestarle, pero debemos variar de conversación.

—Y ¿por qué motivo?

—Porque no me convence y habría mucho que hablar sobre eso.

—¿Más todavía?

—Mucho más. No he hecho más que indicar de paso unas cuantas dudas acerca de ese milagro de la resurrección de Cristo que usted defiende. En último término no me interesa gran cosa. Dejémoslo, pues. Ya ve como ni aún siquiera le he dicho que hay quien afirma que Jesucristo no murió realmente.

—¿Y usted también lo cree así?

—¡Ph! Pálida ser cierto que lo enterrarán vivo, desvanecido, que despertase después y que fuese esto esa resurrección que ustedes afirman.

—¿Sabéis que ahora no lo entiendo?

—¿Tan difícil es ello?

—Demasiado sencillo en sí, pero bastante oscuro para entender que un médico como usted, dé por verosímil-siquiera una hipótesis semejante.

Y el sacerdote se calló entonces con un silencio elocuente, más expresivo que extraño.

—Verá usted— continuó después— Jesús padeció física y moralmente. En el huerto desmayaron sus fuerzas con esas horribles agoufas del sudor de sangre; en la flagelación le desgarraron el cuerpo hasta desangrarlo; en la crucifixión le destrozaron los miembros; y después la lanzada que, en opinión de compañeros de usted que han hecho estudios sobre esto, al sacar agua y sangre, fué debido a que atravesó la pleura, produciendo por tanto una herida, mortal de necesidad. Y después de esto; el enterramiento en un recinto pequeño, fajado, embalsamado, donde, si hubiese tenido vida, hubiese muerto de asfixia por el olor de las esencias. ¡Y después de tantos dolores morales, de tantas penas, de tantos martirios físicos, aún es verosímil para usted que un herido exagüe y desangrado viva tres días sepultado, sin tomar alimentos, y cure y sane en esos tres días hasta aparecer glorioso ante los que le vieron. *Risum tenentis?* Además ¿no sabe usted una cosa?

—¿Qué?

—Que el suplicio de la cruz al modo romano era tan horrible, que, por regla general, acarrea la pronta muerte de los reos, antes de que los rematasen. ¿Creerá usted aún en eso?

Hubo una pequeña pausa como para dar lugar a saborear la impresión producida por estas palabras del sacerdote.

Al fin el médico rompió el silencio: —¿Pero realmente cree usted que le vieron?

—Justo.

—¿Y no pudo ser una *alucinación* de los que por su estado estaban predispuestos a ella?

Y la boca frívola, que no había tenido argumentos que oponer a las pruebas de la muerte real de Cristo, se extendió en consideraciones racionalistas. Surgía otra vez la figura de Renán con sus ironías y sus escepticismos y sus estudios históricos sobre los personajes evangélicos, la hipótesis de las mujeres apasionadas y enfermas, propensas a esta clase de alucinaciones, la hipótesis de los Apóstoles alocados por ellas y predispuestos a las exaltaciones fantásticas, fases de neurosis, de autosugestión, de telepatía, de histerismo que se reducen a meros desequilibrios nerviosos.

Hasta recordaba aquellas palabras de Straus: «Los testigos que dijeron haber visto a Jesús vivo, *no mintieron, se alucinaron*; creyeron ver lo que no veían y provino de la propensión que tenían a creer lo maravilloso.» Y añadió esta frase:

—¿No es verosímil?

—¿Habéis concluido?—preguntó a su vez el sacerdote?

Y cuando la afirmación de su adversario le dió motivo, lo mismo que antes recurrió a sus pruebas:

—Pues bien, señor, esa objeción se-